

ENTREVISTA: LA DOBLE DISCRIMINACIÓN

ENTREVISTA A ÓSCAR HERNÁNDEZ-CAMPANO REALIZADA POR LOS ESTUDIANTES FERNANDO ZURITA E IRMA GARAY PARA LA ASIGNATURA TEORÍA SOCIOPOLÍTICA (PROFESORA NANCY SUÁREZ) EN LA CARRERA DE EDUCACIÓN ESPECIAL, EN EL INSTITUTO SUPERIOR DE FORMACIÓN DOCENTE (QUILMES, BUENOS AIRES, ARGENTINA).



En la vida existen muchas casualidades que sorprenden hasta el punto de pensar que no pueden serlo. Preparando el número 106 de la revista *Gehitu Magazine*, dedicado a las diversidades funcionales y sexuales, nuestro compañero y colaborador habitual, el escritor Óscar Hernández-Campano, recibió un mensaje a través de su cuenta de Twitter (@oscarhercam). Dos estudiantes universitarios argentinos estaban preparando un trabajo sobre la doble discriminación en las personas LGTBIQ+ con

diversidad funcional y le pidieron una entrevista. El resultado, que coincide con el tema del presente número del GM, es el siguiente:

¿Cómo lograste llegar al punto de ignorar los prejuicios de la sociedad?

Creo que el hecho de tener una personalidad fuerte y el haber reflexionado mucho acerca de las causas de esos prejuicios me ha permitido ignorarlos hasta cierto punto. Digo hasta cierto punto porque no siempre se puede ignorar una presión constante e intensa que te señala por tu cuerpo, tu discapacidad o tu orientación sexual. Aunque no ignorar completamente estos prejuicios me ha servido para hacerme más fuerte.

¿Qué duele más que te discriminen por discapacitado o por homosexual?

Lo más evidente es la discapacidad. He sido discriminado muchas veces por ello. A diario en cuanto a no poder acceder a lugares públicos o, simplemente, por tener dificultades añadidas a la vida. La discriminación que más duele, hace años quizá, en el periodo de la primera juventud, era la que ejercían sobre mí las personas de mi edad que no me trataban como un igual en cuanto a posibilidades de ligue, emparejamiento y sexualidad. En este último sentido, la discriminación más lacerante es transversal en la sociedad y consiste en la creencia de que una persona con discapacidad no tiene sexualidad, deseo, capacidad o posibilidades de tener una vida sexual.

Como homosexual, la verdad, no me he sentido discriminado. Pienso que la

discapacidad ha tenido el efecto inesperado de funcionar como una armadura: si el mundo no me ve como un ser sexual, poco importa hacia dónde se dirija ese deseo que para el mundo pasa inadvertido.

¿Cuáles son tus derechos? ¿Se cumplen?

Mis derechos son exactamente los mismos que los de cualquier otra persona: los derechos humanos y civiles, así como los específicos por ser nacional o ciudadano de mi país. Otra cosa es si se cumplen. No siempre se han cumplido. En España hay una ley, La Ley de Integración Social del Minusválido, LISMI, de 1982, y que estudié en la carrera de Derecho, que propugnaba la igualdad y no discriminación de las personas con discapacidad. Esta ley, que creo que sigue en vigor aunque sea parcialmente, ya que se han aprobado otras más recientemente, era un brindis al sol. Realicé un trabajo en la universidad sobre la LISMI en el que analizaba su articulado y denunciaba que su mayor defecto era que no disponía de un régimen sancionador. Así que su cumplimiento dependía de la voluntad de particulares, empresas y administraciones. Debo añadir que si estudié Derecho, en 1994, fue porque la Facultad de Periodismo no estaba adaptada y la de Historia del Arte no disponía de servicio transporte adaptado para llegar a ella. Pese a tener calificaciones altas tuve que cursar mi tercera opción, porque las dos primeras me resultaban inaccesibles por ir en silla de ruedas.

En 2007 se aprobó una nueva ley de accesibilidad universal que daba diez años para que toda Es→

ENTREVISTA: LA DOBLE DISCRIMINACIÓN.

→ paña estuviera adaptada: transportes públicos, edificios públicos y privados, hostelería y restauración, cines, teatros, etc. El error persistió: no se contemplaban multas y la ley no se cumplió, al menos no en su totalidad.

En cuanto a mis derechos como gay, España es uno de los países pioneros en reconocer el matrimonio igualitario, el agravante por orientación sexual en los delitos (esto desde 1995), la adopción y otros derechos del colectivo LGTBIQ+, sin embargo, falta una legislación estatal sobre transexualidad y la homofobia social ha crecido en los últimos años, junto a ataques lgtbifóbicos. Este repunte coincide con el auge de la extrema derecha y con los sermones homófobos de destacados miembros de la Iglesia.

¿Te sentís respetado?

Sí, en general, sí. Como persona soy un miembro bastante respetado y querido en mi comunidad. Participo de la vida social y cultural de mi localidad y se me respeta. Todo el mundo ve que tengo una discapacidad y no oculto a nadie que soy homosexual si surge el tema.

Como ciudadano, a priori, también, aunque cualquier discriminación por motivo de la discapacidad o de la orientación sexual que sufra otra persona, la siento como mía.

¿Qué modificarías al respecto de los derechos?

Fundamentalmente falta una normativa a nivel estatal que iguale los derechos en todas las comunidades autónomas que forman España, y

sobre todo, y esto es prioritario, falta una normativa a nivel de la Unión Europea que obligue a todos los Estados miembros a contar con leyes antidiscriminatorias, leyes que legalicen el matrimonio igualitario, la adopción por parte de parejas homosexuales, la asunción de las cirugías de reasignación de género y que castiguen con severidad cualquier discriminación, violencia o ataque por motivos lgtbifóbicos.

Exactamente lo mismo digo en cuanto a la igualdad de oportunidades, la no discriminación y la adaptabilidad del entorno para la plena integración de las personas con discapacidad, así como una financiación suficiente para la asistencia personal que permita la autonomía personal y la emancipación, así como la oportunidad de llevar una vida lo más completa posible.

Quiero añadir el ejemplo de las ayudas técnicas. El precio del material ortoprotésico, de las sillas de ruedas motorizadas con diferentes mecanismos que permiten el cambio postural, de grúas de transferencia y de cualquier ayuda técnica, así como de los recambios y las reparaciones, es insultantemente alto, y las ayudas públicas apenas alcanzan para un modelo básico de silla. Una persona no se compra una grúa de transferencia por capricho, ni una silla de ruedas. Son ayudas técnicas imprescindibles para vivir, y son muy caras. Lo mismo ocurre con las viviendas antiguas. Haría falta una ley que facilite el acceso a viviendas adaptadas a precio asequible, la permuta de una casa antigua sin accesibilidad por otra accesible, etc. Muchas personas viven encerradas por no tener ascensor.

¿Cómo crees que debería cambiar la sociedad con respecto a la discriminación?

Como en todas las cuestiones discriminatorias, la educación es la clave. Si la gente crece en una sociedad que discrimina a gays, lesbianas, transexuales, bisexuales o a personas con discapacidad, si lo ven normal, reproducirán estos comportamientos y volverán a discriminar. Por lo que la solución es la educación. No me refiero solo a la escuela. Tiene que ser proceso global, integral que comprometa al Gobierno, la Administración pública, los medios de comunicación, el sistema educativo y, sobre todo, a cada familia. El respeto se enseña en casa desde la cuna. Si en casa nos enseñan a respetar desde pequeños, a respetar y a empatizar, seremos adultos respetuosos con nuestros conciudadanos y empáticos con los que tienen dificultades. Es una responsabilidad de todos. Y no hay que esperar a que el Estado haga algo; hay que empezar a respetar y educar ya.

¿Que te gusta hacer en tu tiempo libre? Salir a comer a fuera, ir a la playa, ir al parque, te gusta viajar y si es así, puedes hacerlo con normalidad?

Procuro hacer una vida común y corriente. Disfruto saliendo a comer fuera de casa, a cenar, a beber una copa, al cine o al teatro. Me gusta viajar y procuro hacer un viaje al año con mi marido. Las dificultades no son pocas, porque tengo que buscar con mucha antelación alojamiento y transporte, indagar cada hotel, telefonar para comprobar el nivel de adaptabilidad, si podré usar el cuarto de baño, si el ascensor es grande

para la silla, si accederé al comedor, etc. Algo tan trivial como ir al aseo en un restaurante es, en ocasiones, una odisea. Recuerdo que en París me resultaba más fácil volver hasta el hotel para ir al baño que encontrar uno adaptado en una cafetería. Sé que no podré visitar muchos lugares que me gustaría ver porque no están adaptados. En alguna ocasión he acudido a una agencia de viajes para contratar unas vacaciones (cosa que hago si viajo a países no occidentales) y me he encontrado con que desconocen si los hoteles están adaptados o si podré usar el transporte. Las webs de viajes tampoco suelen tener estos aspectos en cuenta, ni plataformas como AirBnB, por lo que, a menudo, no tengo más remedio que elegir alojamientos caros. Ser una persona con discapacidad no es barato.

¿Como se comporta la sociedad contigo?

En mi país y en general, bien. He tenido dificultades a lo largo de mi vida, como he comentado más arriba, no obstante, siempre me he empeñado en superarlas, bien denunciando las discriminaciones, como cuando recogí miles de firmas entre mis compañeros de universidad para exigir al ayuntamiento de San Sebastián que los autobuses urbanos que iba a adquirir fueran accesibles, bien con escritos en los periódicos y campañas de prensa, bien desde asociaciones o bien con una determinación inquebrantable que me permitió estudiar, ir a la discoteca con mis amigos, hacer un Erasmus en Italia o trabajar como profesor.

Siempre he sido decidido y tenaz, y eso me ha permitido no→

ENTREVISTA: LA DOBLE DISCRIMINACIÓN.

→ rendirme en los momentos de debilidad, porque, en ocasiones, las dificultades han sido muchas.

¿Pasas desapercibido, pasas como uno más, se te dificulta poder desplazarte, viajar en un medio de transporte?

Es imposible pasar desapercibido cuando te mueves en silla de ruedas. Todavía hoy, en casi 2020, hay niños que te señalan y preguntan a sus padres “¿Qué es eso?” al ver la silla automática en la que me desplazo. Hace treinta años era comprensible; había pocas sillas de ruedas, el entorno era inaccesible, pero me sorprende que aún cause asombro, en la actualidad, ver una silla motorizada.

Muchas veces he sentido rabia por no poder ser anónimo, por no poder pasar inadvertido. Si he subido a un autobús y la rampa no iba bien o el conductor tenía que ayudarme, todos los pasajeros eran testigos de la operación de acceso y escuchaban cuando se me preguntaba dónde pensaba bajar. O en el avión, cuando te meten por el pasillo en una sillita y te sientan en tu butaca entre dos operarios a la vista de todo el pasaje. La discreción y el respeto a la intimidad se sacrifican porque la accesibilidad es incompleta. Y si nos vamos a países menos desarrollados ya es mejor olvidarse de complejos y vergüenzas, porque habrá que pedir ayuda y ser el espectáculo de todo aquel que pase por allá. Pero he aprendido a que me dé igual. Lo importante para mí es vivir y hacer cosas, aunque me miren.

¿Está la ciudad adaptada arquitectónicamente para vos ?

La ciudad en la que vivo, València, está bastante bien. Las calles tienen bordillos rebajados, cada vez más tiendas disponen de rampa de acceso, los edificios públicos están adaptados y todo lo que se construye ya se hace adaptado. También el transporte público ha mejorado muchísimo y hoy casi todos los autobuses, el metro y muchos trenes están preparados. La verdad es que viajando me he dado cuenta de que España está mucho mejor adaptada para moverse en silla de ruedas que otros países que tienen fama de estarlo.

¿Si tienes o tuviste pareja, como te sentiste en relación a la sociedad? ¿Te sentiste observado o pasaron desapercibidos?

Estoy casado con un hombre maravilloso y, desde el principio, hemos procurado vivir nuestra relación con normalidad, siendo visibles si lo deseábamos. Esto significa pasear cogidos de la mano, darnos un beso en público o manifestarnos el día del *Orgullo (Pride)*.

Claro que me he sentido observado. Una silla de ruedas es un reclamo infalible para la curiosidad. Pero no me importa. Al contrario. Cada vez que me miran sé que ven un hombre que hace su vida lo mejor que puede, que no se rinde y que no se avergüenza de ser quien es y de ser como es. Además, puedo ser un ejemplo para otros y eso, suceda o no, me parece positivo.

